

admirable hasta en los días más desgraciados, mal juzgados hasta ahora, porque eran desconocidos; levantándose con mayor grandeza aún en 1814, cuando ya no se engañaba ni sobre la Europa, ni sobre la Francia, ni sobre sí mismo, sabiendo que se hallaba solo, solo contra todos, teniendo por la primera vez razón en su política contra sus más sabios consejeros, queriendo más bien sucumbir que aceptar la Francia menor que la había recibido, comprendiendo, con tanta sabiduría como nobleza, que la Francia vencida sería más digna bajo el cetro de los Borbones; luchando, pero luchando solo, y aunque no teniendo ilusiones, conservando sin embargo cierta especie de confianza, la confianza en su arte, pero conservándola inmensa como su talento, y justificándola tan bien, que aunque equivocado contra todo el mundo, no teniendo ya la Francia á su favor, no conservando á su lado sino algunos soldados que juraron noblemente morir bajo sus banderas, aún pesa un momento en la balanza del destino, tanto como la razón, la justicia y la verdad. Ante tal espectáculo, tal hombre y tales acontecimientos, experimentar deseos de empequeñecer ó aumentar tal ó cual cosa, para satisfacer un sentimiento personal, sería la más insigne puerilidad, y estoy convencido de que mi carácter no lo admite.

El talento de Napoleón ante la historia está ya juzgado; pero en mi opinión lo que no lo está es la libertad en que se le dejó de quererlo todo y de hacerlo todo. Respecto de esto mi convicción data, no de 1855 ó de 1852, sino del día en que empecé á pensar. Poder todo lo que uno es capaz de querer es la mayor de las desgracias. Los jueces que veían en Napoleón un hombre de talento no lo veían todo; es preciso reconocer en él uno de los espíritus más sensatos que han existido, y á pesar de todo produjo la política más desacertada. Mucho puede el despotismo sobre los hombres, pues que pervertió el recto juicio de Napoleón; por consiguiente se verá en mi narración el indicio constante de esta convicción. Hace cuarenta años que empecé á reflexionar, y siempre he pensado de este modo. Sé muy bien que se me dirá que es una preocupación de mi vida; lo conozco; pero responderé que es una preocupación de toda mi vida: para ciertas personas no quiero más que esta clase de excusa. Conozco muy bien todos los peligros de la libertad, y lo que es peor, sus miserias; y quién podrá salvarlos, si los mismos que han intentado fundarla no lo han conseguido por no conocerlos? Hay otra cosa mucho peor aún, que es la facultad de hacerlo todo dejada al mejor y aunque sea al más sabio de los hombres. Muy á menudo se repite que la libertad

impide hacer esto y lo otro, elevar tal monumento, ó ejercer tal acción sobre el mundo. Después de largas y maduras reflexiones he llegado á pensar que si algunas veces los gobiernos necesitan ser estimulados, más habitualmente necesitan ser contenidos; que si algunas veces se inclinan á la inacción, con mayor frecuencia son arrastrados en política, en guerra y en gastos á emprenderlo todo; y que un poco de dificultad nunca podrá ser una desgracia. Se dice aún: Esta libertad destinada á contener el poder de uno solo, ¿quién la contendrá á ella? Yo respondo sin titubear: Todos. Bien sé que un país puede algunas veces extraviarse, y yo lo he presenciado; pero se extravía menos y no tan completamente como un hombre solo.

Pero creo que divago, y me apresuro á afirmar que no he querido persuadir á nadie. Solamente he querido explicar la razón de una opinión cuyas trazas se encontrarán en esta historia, opinión que no han debilitado la edad ni la experiencia, y que, me atrevo á afirmarlo, no he sostenido nunca en mi interés personal. Si me atreviera á hablar de mi persona, diría que nunca fui más feliz sino desde que, vuelto á la tranquilidad, he podido dedicarme á mi primera profesión, el estudio asiduo é imparcial de las cosas humanas. Puede que haya personas que no me crean, y quizás tengan derecho á ello, como yo tendré á mi vez el de no creerlas cuando afirman que encarecen afirmativamente la excelencia del poder absoluto.

Perdóneseme el haber abandonado las elevadas regiones de la historia para entrar por un momento en la región de las controversias contemporáneas. Repito que solamente he querido, al confesar la única opinión que se manifestará en este libro, invocar una excusa por mi persistencia en convicciones que datan de los primeros años de mi vida. Estoy seguro de que en estos últimos tomos se reconocerá á un historiador admirador ferviente de Napoleón, amigo más ferviente aún de la Francia, deplorando que este hombre extraordinario haya podido permitírsele todo hasta perderse; pero reconociendo el inmenso servicio que nos hizo, dejándonos la gloria y esa semilla de héroes, simiente preciosa que aún germina en nuestro país dándonos los vencedores de Sebastopol. Sí, aún sin él, nuestros soldados, discípulos suyos, han sido tan grandes, tan dichosos como lo fueron con él. ¡Ojalá lo sean siempre, y nuestros ejércitos sean siempre vencedores, sea cual fuere el gobierno que los dirija! La mayor compensación de no ser nada en su país, es ver que este país ocupa en el mundo el lugar que le corresponde.

A. THIERS.



## LIBRO PRIMERO

### CONSTITUCION DEL AÑO VIII

Inauguración del consulado provisional. — Repartición de las atribuciones entre Mr. Sieyes y el general Bonaparte. — El general se apodera de la administración de los negocios, dejando á Mr. Sieyes el encargo de redactar la nueva constitución. — Estado de la Francia en brumario del año VIII. — Desorden de la administración y de la hacienda. — Profunda miseria de los ejércitos. — Conmociones en la Vendée. — Agitación del partido revolucionario en algunas ciudades del Mediodía. — Primeros esfuerzos de los cónsules provisionales para volver á introducir el orden en las diversas partes del gobierno. — Nombramiento de Cambaceres para el ministerio de la Justicia, de Laplace para el de lo Interior, de Fouché para el de la Policía, de Talleyrand para el de los Negocios extranjeros, de Berthier para el de la Guerra, de Forfait para el de la Marina, y de Gaudin para el de Hacienda. — Primeras medidas de hacienda. — Supresión del empréstito forzoso progresivo. — Creación de la agencia de las contribuciones directas y formación inmediata de las listas de contribuyentes atrasadas de muchos años. — Creación de las obligaciones de los recaudadores generales. — La confianza empieza á restablecerse; los banqueros de París prestan al gobierno los primeros fondos de que ha menester. — Envío de socorros á los ejércitos. — Actos políticos de los cónsules provisionales. — Revocación de la ley de rehenes; soltura de los clérigos encarcelados y de los naufragos de Calais. — Abocamiento con los jefes del partido realista. — Suspensión de armas en la Vendée tratada con Bourmont, d'Autichamp y Chatillón. — Principio de las relaciones con los gabinetes extranjeros. — Estado de la Europa. — Inglaterra y Austria resuelven continuar la guerra. — Pablo I, irritado contra sus aliados, se dispone á retirarse de la coalición y á seguir el sistema de neutralidad adoptado por la Prusia. — Importancia de la Prusia en aquel momento. — El general Bonaparte envía á Berlín á su edecán Duroc. — Rumores de paz. — Mejoras notables en el estado material y moral de la Francia de resultas de los primeros actos de los cónsules provisionales. — Se empieza á tratar de la Constitución. — Proyecto concebido y meditado largo tiempo por Mr. Sieyes. — Listas de notabilidad, senado conservador, cuerpo legislativo, tribunal, grande elector. — Discordancia entre Sieyes y el general Bonaparte sobre la organización del poder ejecutivo. — Peligros de un rompimiento entre estos dos personajes. — Mediadores que los ponen de acuerdo. — Al grande elector se substituyen tres cónsules. — Adóptase la Constitución del año VIII y se fija para que empiece á regir el día 4 nivoso del mismo año.

La jornada del 18 brumario acababa de poner término á la existencia del Directorio.

Los hombres que después de las tormentas de la Convención imaginaron aquella especie de república, no estaban muy convencidos de la excelencia y solidez de su obra: pero al salir del régimen sanguinario por donde habían pasado, érales difícil obrar de otra manera ó con más acierto. En efecto, no había que pensar entonces en los Borbones, porque el sentimiento universal los repudiaba; no era posible arrojarlos en brazos de un general ilustre, porque en aquella época ninguno de nuestros guerreros había alcanzado gloria bastante para subyugar los ánimos; por otra parte, no había aún desvanecido la experiencia todas las ilusiones. Salióse apenas de manos del comité de salvación pública; sólo se había ensayado la república sangrienta del 93, que consistía en una asamblea única que ejercía todos los poderes á la vez; quedaba por hacer un postrer ensayo, el de una república moderada en que los poderes estuviesen sabiamente repartidos y cuya administración se confiase á hombres nuevos enteramente extraños á los excesos que habían consternado á la Francia. De esta idea nació el Directorio.

Este nuevo ensayo de república duró cuatro años, desde el 13 brumario del año IV hasta el 18 brumario del año VIII. Comenzóse con buena fe y buena voluntad

por hombres la mayor parte honrados y animados de excelentes intenciones. Algunos personajes de carácter turbulento ó de probidad dudosa, como el director Barras, consiguieron es verdad ingerirse en la lista de los gobernantes que en aquellos cuatro años se transmitieron el poder; pero Rewbell, Larevelliere Lepageux, Letourneur, Carnot, Barthelemy, Roger-Ducós y Sieyes eran ciudadanos probos, muy capaces algunos, y el último, Sieyes, hombre de inteligencia verdaderamente superior. La república directorial, sin embargo, presentó en breve el cuadro de una confusión desconsoladora; aunque menos cruel, fué más anárquico el carácter del nuevo gobierno. No se hacía uso de la guillotina, pero menudeaban las deportaciones; no se obligaba á recibir los asignados bajo pena de la vida, pero á nadie se pagaba. Nuestros soldados, sin armas y sin pan, eran vencidos y no vencedores. Al terror había sucedido un insupportable malestar; y como la debilidad tiene también sus ímpetus, aquella república, moderada de intención, concluyó con dos medidas de todo punto tiránicas, que fueron el empréstito forzoso progresivo y la ley de rehenes. Esta última medida especialmente, aunque nada tuviese de sanguinaria, era una de las vejaciones más odiosas inventadas por la cruel y fecunda imaginación de los partidos.

¿Qué mucho, pues, que la Francia, á quien no podían

ser presentados los Borbones en 1799, y que después del mal éxito de la constitución directorial empezaba á no creer más en la república, se arrojase en brazos de aquel joven general vencedor en Italia y en Egipto, ajeno á todos los partidos, que afectaba despreciarlos á todos, dotado de una voluntad enérgica y de igual aptitud para los negocios civiles que para los militares, que dejaba ya entrever una ambición que lejos de intimidar los ánimos era recibida entonces como una esperanza? Menos gloria de la que él tenía hubiera bastado para apoderarse del gobierno, porque algún tiempo antes se había enviado al general Joubert á Novi, con objeto de que alcanzase allí los títulos que aún le faltaban para hacer la revolución denominada después en nuestros anales el 18 brumario. El desgraciado Joubert fué vencido y muerto en Novi; pero el joven Bonaparte, afortunado siempre y victorioso, y entonces más que nunca, salvo de los peligros del mar como de los peligros de los combates, había vuelto de Egipto á Francia de una manera casi milagrosa, y á su primera aparición había sucumbido el Directorio. Todos los partidos corrieron á su encuentro (1) pidiéndole la victoria, la paz y el orden.

No era sin embargo posible que en un solo día triunfase la autoridad de uno solo de aquella demagogia en que todos alternativamente, oprimidos ú opresores, se habían arrebatado y saboreado la omnipotencia. Era preciso guardar las apariencias, y para conducir al poder absoluto á la Francia cansada, hacerla pasar por un gobierno de transición, glorioso, reparador y semirrepublicano. En una palabra, era necesario el Consulado antes de llegar al Imperio.

De esta parte de nuestra historia contemporánea emprendo hoy la narración. Quince años han transcurrido desde que escribí los anales de nuestra revolución primera. Estos quince años han pasado para mí entre las borrascas de la vida pública; he visto desmoronarse un trono antiguo y alzarse en su lugar un nuevo trono; he visto á la revolución francesa proseguir su invencible curso. Aunque las escenas que he presenciado me ha-

(1) A pesar del entusiasmo que todos los partidos manifestaron, según Mr. Thiers, á la llegada de Bonaparte á Francia, es preciso conocer que el estado de las cosas públicas no era á la sazón tan desesperado que no contase con numerosos partidarios el gobierno. Massena, Brune y Macdonald, batiendo en las fronteras á los coligados y libertando á la Holanda de una invasión inglesa, en unión con Bernadotte, cuya noble y sabia conducta en el ministerio de la Guerra es digna de todo elogio, habían conseguido restituir la victoria á las armas francesas, la guerra había tomado un nuevo aspecto, y no se creía á Bonaparte en París tan necesario como se supone para salvar á la patria. Bien vió el joven general al desembarcar en Frejus que su suelo estaba libre de la invasión; presintió además que el Directorio, recobrado de la sorpresa que debió causarle la noticia de su arribo repentino, podría tal vez, aconsejado por los que ya se recelaban de su naciente ambición, entregarle á una comisión militar que le pidiera estrecha cuenta de su desamparo del Egipto, calificado ásperamente de *huida* en la correspondencia confidencial de Kléber; por lo que, aprovechándose del entusiasmo popular, y poniéndose en cierto modo á su abrigo, precipitó su marcha á París, donde á despecho del Directorio le hacían inviolable los triunfos, ovaciones y ruidosas felicitaciones recogidas en su ruta. En vez de decir, pues, que *todos los partidos* salieron á su encuentro, hubiera sido más exacto decir que amparado del popular prestigio, su astucia y diligencia sobrecogió á todos los partidos políticos, haciéndose acatar de grado ó por sorpresa de todos ellos. (N. del T.)

yan sorprendido poco, no abrigó la pretensión de creer que en la experiencia de los hombres y de los negocios no hubiese para mí enseñanzas; tengo por el contrario la confianza de haber aprendido mucho, y de hallarme por lo tanto más apto quizá para analizar y exponer las grandes cosas que nuestros padres hicieron en aquellos tiempos heroicos. Pero estoy seguro de que la experiencia no ha enfriado en mí los sentimientos generosos de mi juventud; sé con certeza que amo la libertad y la gloria de la Francia como las amaba entonces.

Vuelvo á tomar mi narración en el 18 brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799).

Publicada la ley del 19 brumario que institúa al Consulado provisional (2), los tres nuevos cónsules, Bona-

(2) Entre los hechos con que comienza esta narración histórica y los últimos que refiere Mr. Thiers en su *Historia de la Revolución*, hay otros muy de contar que no estará de más apuntar aquí para que los lectores se formen una idea exacta de la índole del cambio político acaecido en Francia en la jornada del 18 brumario. En las revoluciones todos los grandes resultados suelen revestir las apariencias de la más estricta legalidad, lo cual inducirá á muchos á creer que la ley que instituyó el Consulado provisional tenía efectivamente los caracteres de tal. Estos caracteres, sin embargo, eran mera apariencia; la organización del nuevo poder era una verdadera mentira.

Los hombres que dirigieron la jornada de brumario, Talleyrand, Fouché, Berlier, Boulay (del Meurthe) y Sieyes, declararon que para dar apariencia de legítimo al hecho ya consumado debía suponerse que los dos Consejos habían deliberado sobre la necesidad de cambiar la forma del gobierno, bastando las firmas del presidente y del secretario para prueba de que la deliberación se había realmente verificado. La supuesta deliberación y resolución legislativa de ambos Consejos se insertó en el *Boletín de Leyes*, y allí quedó la ficción para servir á las generaciones futuras de aparato histórico fiel y genuino. La ley del 19 brumario fué producto de los pocos conjurados que quedaron dueños de la *Orangerie* de Saint-Cloud después que los representantes de la nación fueron aventados por los granaderos de Bonaparte; y su confección se verificó, como indica ligeramente Mr. Thiers al fin de su precedente historia, á media noche y á la luz de unas cuantas bujías diseminadas por los bancos, en medio de la zozobra y el desconcierto. Lo primero que se pensó fué en dar un decreto aplazando la reunión del cuerpo legislativo para de allí á tres meses; no podía hacerse de otro modo, puesto que aquel cuerpo acababa de ser expulsado por la fuerza armada. Nombáronse en seguida dos comisiones, compuestas de escaso número de individuos, para suplir la ausencia de los dos Consejos; tampoco podía ser de otra manera siendo escaso el número de los conjurados. Por último, ocupáronse éstos en crear un gobierno: Sieyes y Bonaparte, llevados de su afición á los recuerdos de la antigüedad, creyeron que estando el título de *directores* ya desacreditado, de ninguna manera podía llenarse mejor su hueco que substituyéndoles el título de cónsules, nombre de prestigio varonil y sonoro; y acordes ambos en la idea de Sieyes, manifestada ya bajo el Directorio, de poner las riendas del gobierno en manos de tres varones solamente en vez de cinco, hechas las dos proposiciones al reducido y bullicioso coro que disponía de los destinos de la patria, fueron aprobadas, y quedaron nombrados cónsules los dos directores conjurados Sieyes y Ducós, y el general Bonaparte, que se colocó modestamente á la cola, protestando su deseo de retirarse á hacer vida pacífica á las soledades de la Malmaison.

Desde el amanecer del siguiente día empezaron á circular con profusión los decretos de la víspera, y salió en el *Monitor* una extensa apología del cambio que acababa de verificarse, donde se suponían muchas cosas que ni por sueño habían sucedido, tales como la institución del Consulado por la voluntad de los representantes. Al mismo tiempo se repartió por la población por orden de la policía un curioso relato de los hechos acaecidos, en que se hablaba de puñales, tramas, asesinatos y de la herida que había recibido el bizarro granadero Thomé por escurdar con su pecho generoso la preciosa vida del joven general. El beso que aquel su-

parte, Sieyes y Roger-Ducós, se trasladaron de Saint-Cloud á París. Sieyes y Roger-Ducós, antiguos miembros del Directorio, estaban ya instalados en el palacio de Luxemburgo. El general Bonaparte dejó su modesta casa de la calle de la Victoria (1) y fué con su mujer, sus hijos adoptivos y sus edecanos á tomar posesión de su residencia en el Pequeño Luxemburgo. Reunido allí con sus dos colegas, rodeado de las ruinas del último gobierno y de los elementos del nuevo, puso mano á la obra con aquella inteligencia rápida y certera, con aquella extraordinaria actividad que habían señalado su modo de conducirse en la guerra.

Háblanle asociado dos colegas, Roger-Ducós y Sieyes, ambos sacados del Directorio, y empeñados ambos fuertemente en destruir aquel gobierno que miraban con menosprecio. Sieyes, sobre todo, fué agregado al general Bonaparte porque era el segundo personaje de la república. Autor de las más grandes y mejores concepciones de la revolución francesa, tales como la reunión de los tres estados, la división de la Francia en departamentos y la institución de los guardias nacionales, Sieyes, aunque desprovisto de elocuencia, había rivalizado con Mirabeau en los primeros días de la revolución, cuando el poder de la palabra era el primero de todos los poderes; y ahora que la guerra universal asignaba al genio militar el primer lugar, Sieyes, que nunca manejó una espada, se veía casi igualado con el general Bonaparte: tan grande es el poder del genio, aun sin ir acompañado de las cualidades que le hacen útil ó aplicable. Pero en la actualidad era menester poner mano á los negocios, y Sieyes, que era perezoso, de genio áspero y desapacible, absoluto en sus ideas, y á quien la menor contradicción trastornaba ú ofendía, no podía rivalizar mucho tiempo en influjo con su joven colega, que era capaz de trabajar noche y día, á quien ninguna contradicción arredraba, que era busco, pero no fastidioso, que sabía cautivar á los hombres cuando le cumplía, y que tenía siempre el recurso de dominarlos con la fuerza cuando no quería tomarse el trabajo de hacerlos con el halago.

Dábase generalmente á Sieyes, á pesar de eso, el encargo de preparar la nueva Constitución que los cónsules provisionales tenían que redactar y proponer á la Francia en breve término. Dominaban aún en aquella época las ideas del siglo XVIII; creíase todavía, aunque esta creencia había ido en mengua, que las instituciones

puesto fénix de la lealtad recibió de la esposa de Bonaparte resonó en el corazón del ejército entero.

Bonaparte, por medio de un manifiesto de estilo afectado y trágico, confirmó en los ánimos cándoros todas las supercherías inventadas, y quedó consignado en los papeles oficiales de la época este nuevo documento justificativo de la historia contemporánea, á pesar de que no había un solo individuo de ambos Consejos que ignorase que era un tejido de mentiras. (N. del T.)

(1) La calle de la *Victoria* y la calle de *Chantereine* que nombra frecuentemente Mr. Thiers en su último capítulo de la *Historia de la Revolución*, al describir los preparativos de la famosa jornada del 18 brumario, son una misma calle; tomó el nombre de *Calle de la Victoria* desde la vuelta de Bonaparte de Italia. Conviene que lo sepan los lectores, porque á todo el que tuviese presente que Bonaparte al trasladarse á Saint-Cloud para derribar el Directorio, dejaba su casa en la calle Chantereine, le confundiría forzosamente el ver ahora que de vuelta de Saint-Cloud se le había encontrado en otra calle llamada *de la Victoria*, de donde se trasladaba al Luxemburgo. (N. del T.)

humanas podían ser una mera obra del ingenio, y que la constitución de un pueblo podía salir completa del cerebro de un legislador. Ciertamente si la revolución francesa hubiera debido producir un Solón ó un Licurgo, nadie hubiera sido más digno que Sieyes de este nombre; pero en los tiempos modernos no hay más que un verdadero legislador, la experiencia. No estaban entonces tan penetrados de esto los hombres como lo estamos hoy, por lo que universalmente se juzgaba que Sieyes debía ser el autor de la nueva Constitución: así se esperaba, así se repetía; pretendíase que poseía ya una, fruto de largas meditaciones, que era una obra profunda, admirable, y que, desembarazada ahora de los obstáculos que las pasiones revolucionarias le habían opuesto, podría muy bien sacarla á luz; que él sería el legislador, y el general Bonaparte el administrador del nuevo gobierno, y que entre los dos harían á la Francia poderosa y feliz. Cada época de la revolución había tenido sus ilusiones: la época actual tendría también las suyas; pero éstas en verdad debían ser las últimas.

Convínose, pues, de común acuerdo, en que Sieyes se encargaría de hacer la Constitución y que el general Bonaparte gobernaría. Era en efecto urgente el gobernar, porque la situación aparecía bajo todos aspectos deplorable; el desorden moral y material llegaba á su colmo.

Los revolucionarios fogosos, escarmentados en Saint-Cloud; contaban con partidarios en la asociación llamada del *Picadero* (2) y en otras análogas esparcidas en

(2) La siguiente nota auténtica remitida por un agente prusiano al gabinete de Berlín podrá dar á los lectores una idea exacta de lo que era la asociación ó club del Picadero. Dicha nota se refiere á la época en que Sieyes y Roger-Ducós ascendieron al Directorio en brazos del partido jacobino á quien luego persiguieron.

«Desde que se publicó la ley que autoriza la reunión de las asociaciones patrióticas, los antiguos jacobinos se reunen en el salón de sesiones de la Convención Nacional, en el Picadero de las Tullerías. Su número llega ya á ochocientos, y celebran sus sesiones regularizadas, lo mismo que antes, en el salón de los jacobinos de la calle de San Honorato. De aquí salen hoy día todas las peticiones y denuncias que sirven de texto para las resoluciones que adoptan los dos Consejos: aquí es donde se imponen las expiaciones y purificaciones á las antiguas autoridades, y donde los *hermanos* y *amigos* se reparten todos los destinos; operación provisional é indispensable para la reorganización del sistema del terror. Muchos individuos de ambos Consejos están afiliados en esta asociación inconstitucional, esperando sin duda dirigirla á su antojo, y ya pertenecen á ella Luciano Bonaparte, Francisco de Nantes y algunos de los principales autores de la revolución del 30 de pradiel. Los cabezas más respetados de este partido poderoso eran Talot, Destrem, Carlos de Hesse, Duroure, Antonel y Arena. «Destrem, decía la citada nota, es el *regulador* (es decir, el presidente) del club del Picadero; Luciano Bonaparte, Bordás, Marbot y Choudieu son los *anotadores* (esto es, los secretarios). Han hecho este cambio de nombres para no infringir la Constitución, que prohíbe á semejantes asambleas tener presidentes y secretarios.»

Todo partido revolucionario que triunfa se ve precisado por su misma índole á buscar la destrucción de los elementos anárquicos que le condujeron al poder, para perpetuarse en él; por eso, así que Sieyes y Fouché se vieron colocados al frente del Estado, persiguieron crudamente al partido jacobino, de resultas de lo cual se prohibieron las reuniones del Picadero. Celebrábanse éstas, sin embargo, clandestinamente, y en la famosa noche del 18 de brumario, á la escasa luz de sus ahumados quinqués, hicieron continuamente retremblar sus paredes los terribles juramentos y amenazas de la tempestuosa asamblea que se proponía salvar la democracia y la Constitución del año III, amagadas en aquellos instantes por otro club de conjurados más poderoso.

Francia. Tenían á su cabeza pocos hombres notables de las dos asambleas, pero había entre ellos algunos oficiales de bastante crédito en nuestros ejércitos; Bernadotte, personaje ambicioso, el cual abrigaba pretensiones que su reputación militar no justificaba (1); Au-

No deja de ser curioso el siguiente diálogo que publicaba en la mañana del expresado día un folleto que apareció y que circuló profusamente por disposición de la policía en descrédito de los jacobinos del Picadero.

« Sesión de los jacobinos reunidos en la calle de la Carnicería.

La asamblea es numerosa; la confusión reina en ella. El presidente se encarama sobre un tonel de aguardiente, agita su gorro encarnado y el desorden va en aumento; en seguida entona el *Marchemos, hijos de la patria, etc.*, y únese á su voz la detonación general de la asamblea. Terminada la canción, dirígese el presidente á la misma y dice:

— Hermanos y amigos, la patria corre peligro, henos aquí reunidos para proporcionarle.

*Un individuo.* ¡Aguardiente, aguardiente!.. *La asamblea entera.* ¡Apoyado, apoyado! ¡Hasta que rebose!

*El presidente.* Tiene razón la asamblea: para salvar á la patria es menester que las medidas sean bien cumplidas. (La asamblea empina.)

*Un individuo.* ¡A los manes del gran Robespierre!

*Otro individuo.* ¡A la justa saña del padre Duchesne!

*Otro.* ¡Sí! brindemos á esos hombres ilustres, padres de los jacobinos! ¡Infundan ellos hoy en nuestros pechos todo su furor sagrado! ¡Inflamen nuestros corazones con el fuego de la venganza! ¡Inspírennos pensamientos magnánimos, funestos á los tiranos! Hermanos y amigos, si hay algún Bruto entre nosotros alce su voz. ¡La patria reclama su brazo! (*Una voz.* ¡Aguardiente!) Sí, se te dará el aguardiente. Ven, hijo mío; ven, Bruto; ¡toma, y mata!

*La voz.* Hermano, déme la copa y quédese con el puñal.

*El presidente.* Dice bien el preopinante: el valor es indigno de los buenos jacobinos. Otras fueron las lecciones, otros los ejemplos que les dejó Robespierre; no se ultraje su memoria. Recordamos los fastos del comité de Salvación Pública, y en ellos veremos trazada nuestra conducta. Hay ciertos medios ingeniosos, reprobados por las sensibles preocupaciones de la virtud, de los cuales sabe sacar partido con un poco de astucia todo hombre que esté al nivel de las circunstancias. Abrese la discusión para proponerlos: tal es el deber de todo buen jacobino.

*Un individuo.* Prender fuego al barrio del Luxemburgo, armarse con pñales, y...

*Otro individuo.* Ya veo yo venir el preopinante; para lo que él propone sería menester exponerse, y...

*Un individuo.* Puesto que vuestra prudencia desecha los medios violentos para que no corra peligro la preciosa vida de vuestros hermanos y amigos, voy á someter á vuestra deliberación un proyecto para cuya ejecución basta el mero ingenio, de cuya dote creo poder asegurar sin ofender á la modestia que no carecemos (Prolongados aplausos.) Contamos con numerosos secuaces en las administraciones departamentales: pues bien; pongámonos en correspondencia con ellos, hagamos que levanten un cisma contra este detestable gobierno en que nosotros no tocamos pito; federalicense los departamentos; júntense los diputados dispersos en nuestra fiel Tolosa; nombren allí un directorio jacobino, y la patria ¡es nuestra! (Aplausos.)

Los hombres de talento comenzaron á escasear en el club del Picadero desde que entraron á gobernar los mismos que á él habían pertenecido. Desde la revolución del 18 brumario quedaron aquellos ardientes jacobinos divididos entre sí en dos facciones, una de las cuales se adhirió después al partido del primer cónsul. La que permaneció extraña al movimiento bonapartista, componíase en verdad de revolucionarios fanáticos por lo general y adocenados. (N. del T.)

(1) Sin negar formalmente á Bernadotte el entendimiento superior que desplegó en la administración durante su ministerio, da aquí á entender Mr. Thiers que dicho personaje no reunía títulos suficientes en el concepto de sus compañeros de armas para aspirar á rivalizar con Bonaparte. El distinguido historiador francés se muestra harto parcial en este punto, y aparece dominado contra Bernadotte del mismo espíritu de detracción que señala á los fanáticos partidarios de Bonaparte que escribieron en su nom-

greau, verdadero soldado, falto de cálculo, pero lleno de valor y sin el menor influjo; finalmente, Jourdan, buen ciudadano, buen general, á quien los reveses militares habían agriado y reducido á una oposición exagerada. Era de temer que los individuos dispersos del Consejo de los Quinientos llegaran á reunirse en alguna ciudad de importancia, formasen en ella una especie de cuerpo legislativo ó de Directorio, y atrajesen á su alrededor á los hombres que aún conservaban todo el ardor de los sentimientos revolucionarios, los unos como comprometidos en exesos ó como poseedores de bienes nacionales, los otros como amantes desinteresados del sistema republicano y como temerosos de verle succumbir bajo la diestra de un nuevo Cromwell. Semejante tentativa en una situación ya harto difícil, hubiera sido un embarazo grave; no faltaban temores de verla puesta por obra en el mismo París.

Del lado de la facción opuesta suscitábanse también serios temores, porque la Vendée se hallaba de nuevo en conflagración. Chatillón en la ribera derecha del Loira, d'Autichamp en la ribera izquierda, Jorge Cadoudal en el Morbihán, Bourmont en el Maine, de Frotté en las costas de Normandía, todos hostigados y sostenidos por los ingleses, habían renovado la guerra civil. Los motivos que pretextaron para volver á tomar las armas eran la ley de rehenes, la debilidad del gobierno y las derrotas sufridas por nuestros ejércitos. Chatillón había ocupado á Nantes por breves momentos; no permaneció en la plaza, pero había logrado entrar en ella. Este suceso bastó para que las principales municipalidades del país se erizasen de trincheras levantadas á toda prisa, y se rodeasen de empalizadas no pudiendo de murallas. Algunas de ellas, para ocurrir á su propia defensa, retenían los escasos fondos que las provincias insurreccionadas dejaban en las arcas públicas, diciendo que, puesto que el gobierno no pensaba en protegerlas, ellas mismas debían encargarse de hacerlo.

El Directorio, aunque resuelto á evitar los excesos de la Convención, no pudo resistirse á todas las proposiciones violentas que la guerra de la Vendée inspiraba ordinariamente, así que renació el partido revolucionario. Arrastrado por el movimiento de los ánimos, dió la ley llamada de rehenes, en virtud de la cual todos los que fuesen parientes ó supuestos cómplices de los vandeos debían ser presos y castigados con ciertas penas, en represión de los actos que se cometiesen en las localidades de que ellos respondían como rehenes. Esta ley injusta y violenta no hizo más que irritar las

bre en Santa Elena. Los archivos del ministerio de la Guerra prueban terminantemente que la administración de Bernadotte no fué estéril para la Francia; que estando él en el poder recibió el sistema de la guerra un grande impulso; que entonces se contaban ya por pasados los malhadados tiempos de completa desnudez para los ejércitos, y que, además de llevar á cabo infinidad de medidas organizadoras, él, Massena, Brune y Macdonald preservaron de una invasión al país, escañando con gloriosas victorias á los enemigos de la República. Y si prescindimos del justo renombre militar de Bernadotte, veremos en la hábil política que por espacio de tantos años ha sabido desplegar como rey de Suecia, que nadie reunía más condiciones que él en la última época del Directorio para atreverse á disputar la influencia al hombre del siglo, á pesar del desprecio con que, imitando al celoso Napoleón, habla Thiers fascinado por la grandeza de su héroe. (N. del T.)

pasiones, sin desarmar un solo brazo en la Vendée, excitando contra el Directorio un clamoreo inaudito (1).

La guerra exterior había sido algo menos desgraciada al cerrarse la última campaña. La victoria del general Massena en Zurich, la del general Brune en el Texel habían rechazado al enemigo lejos de nuestras fronteras; pero nuestros soldados estaban en completa desnudez. No recibían paga, ni vestuario, ni víveres. El ejército que había vencido en Holanda á los anglo-rusos, como tenía la ventaja de estar mantenido por la república bávara, padecía menos que los otros; pero el del Rhin, que había perdido la batalla de Stokach, y el de Helvecia, que había ganado la batalla de Zurich, se hallaban sumidos en la miseria. El ejército del Rhin, acampado en el suelo francés, recurría sin fruto y sin medida al sistema de las exacciones y requisas; el de la Helvecia vivía de contribuciones de guerra sacadas de Basilea, Zurich y Berna, contribuciones tan mal gastadas como percibidas, y que, además de ser insuficientes para sostener á nuestros soldados, repugnaban á la independencia y hábitos económicos del pueblo suizo. El ejército de Italia, después de los desastres de Novi y del Trebbia, replegado sobre el Apenino, en tierra estéril y asolado por la guerra, era presa de las enfermedades y de la más espantosa indigencia. Aquellos soldados que habían aguantado los mayores reveses sin flaquear, que habían mostrado una constancia á toda prueba contra la adversa fortuna, cubiertos ahora de andrajos, consumidos por el hambre y por la fiebre, pedían limosna en las rutas del Apenino, reducidos á devorar los frutos insípidos que da el suelo árido de aquellas comarcas. Muchos de ellos desertaban ó íbanse á engrosar las cuadrillas de salteadores que así en el Mediodía como en el Oeste de la Francia infestaban los caminos reales. Viéronse cuerpos enteros desamparar sus puestos sin orden de los generales, y ocupar otros, esperanzados de vivir con menor miseria. La mar, ocupada por los ingleses, no mostraba á sus ojos por doquiera más que un pabellón enemigo, y jamás les ofrecía recurso alguno. Divisiones hubo que en diez y ocho meses no recibieron una sola paga. Recogíanse algunos víveres por medio de requisas; pero los fusiles, cañones y municiones de guerra, que no se consiguen con este medio, faltaban totalmente para nuestros soldados. Los caballos, escasos ya para los servicios de la artillería y de la caballería, habían perecido casi todos de hambre y enfermedades.

Tales eran los resultados de una administración floja, desordenada, y sobre todo de una espantosa penuria rentística. Los ejércitos de la república se habían sostenido por espacio de muchos años con los asignados y con la victoria; pero los asignados ya no existían, y la victoria, después de habernos abandonado de repente, comenzaba apenas á sonreír á nuestras legiones, sin abrirles todavía las pingües llanuras de la Alemania y de Italia.

(1) Para los que no tengan presentes todos los hechos principales del Directorio, conviene recordar que esta ley inicua fué propuesta por el ministerio Cambaceres bajo el cambio político efectuado en 30 pradiel, después que aquel gabinete, jacobino antes en su mayor parte, persiguió de muerte á las sociedades patrióticas y á la prensa para gobernar más cómodamente.

(N. del T.)

Preciso es dar aquí una idea de la situación de nuestra hacienda, causa principal de los males sufridos por nuestras armas. Era esta situación peor aún que todo lo que en épocas anteriores se había visto. La Asamblea Constituyente había cometido dos errores que hasta cierto punto se quisieron remediar por medio de los asignados, pero para los cuales ya no quedaba paliativo desde la caída de aquel papel moneda. Eran estos dos errores: primeramente la supresión de las contribuciones indirectas impuestas sobre los líquidos, la sal y los consumos en general; en segundo lugar, el encargo dado á las administraciones municipales de hacer por sí mismas los repartos de la contribución territorial y de las demás contribuciones directas. Con la suspensión de las contribuciones indirectas había perdido sin compensación el Tesoro el tercio de sus rentas. El producto de los fondos del Estado había quedado casi anulado por mala administración, el del registro por falta de transacciones particulares, el de las aduanas por la guerra, y las contribuciones directas venían á ser en cierto modo el único recurso del Tesoro; pero estas contribuciones, que ascendían á cerca de 300 millones en un presupuesto de 500, estaban extraordinariamente atrasadas. Había alcances de los años V y VI y aun del año VII. Los repartos para el año VI estaban aún por concluir; de los del año VII había una tercera parte sin terminar; y los del año corriente, es decir, los del año VII (1799), apenas se habían comenzado. Por este retraso en los repartos no podían recaudarse las contribuciones corrientes, y la acumulación de las atrasadas suscitaba nuevas dificultades para dicha recaudación, siendo preciso con frecuencia exigir de los contribuyentes el pago de muchos años juntos. Este estado de cosas nacía de la adopción de un principio, justo en apariencia, pero en realidad funesto, que era permitir á las administraciones locales gravarse, por decirlo así, á sí mismas haciendo ellas los repartos. Las administraciones departamentales y municipales sabido es que eran entonces colectivas. En vez de los prefectos, subprefectos y alcaldes (*maires*), que más adelante se instituyeron, había comisarios de gobierno anejos á todas aquellas administraciones como consultores, y con encargo de promover y solicitar la aceleración de los trabajos administrativos, aunque no tenían el de ejecutarlos ellos. Aumentó este desorden el sistema de las municipalidades de cantón que reunía los cuarenta y cuatro mil concejos (*communes*) de Francia en cinco mil concejos colectivos. Todos los negocios locales estaban abandonados; pero, lo que era peor aún, nadie parecía pensar en los dos grandes negocios del Estado, á saber: la conscripción y la recaudación del impuesto. Para subsanar este defecto de acción administrativa habíase atribuido á los cinco mil comisarios empleados en las municipalidades de cantón el cargo de acelerar la formación de las listas de contribuyentes; pero carecían del único poder que hubiera sido eficaz, el de obrar por sí mismos, y atentos además á mil ocupaciones diversas, no se curaban como fuera menester del trabajo importante del reparto de las cuotas. La contribución que por aquella tarea se les daba, mucho más costosa que la que se dió después por la administración de las contribuciones directas, era para el Tesoro una carga considerable sin que tuviera compensación.

Vemos, pues, que las contribuciones directas, fuente